

D

di

"Hubo un tiempo infeliz de mi vida durante el cual me vi obligado a buscar refugio en mi propio hogar. Mi más profundo pésame a aquellos que como yo no tienen otro espacio más vital que la a veces hedionda atmósfera del escuadrado".

La idea de escribir un diario me asaltó durante uno de esos días tensos y difíciles mientras me esforzaba dolorosamente en vencer el estreñimiento que afectaba mi sistema digestivo.

Por fin hoy, un domingo como otro cualquiera, he decidido tomar un baño templado y ocupar tan placenteramente mi tiempo en garabatear las hojas de este "diario" que no deseo tratar de tal -más bien lo considero un potente grito al vacío- un alivio a mi auto-depresión, rellenar páginas de papel con extrañas palabras que me ilustren el transcurso de mi vida hasta este momento, el como he descubierto este santuario fan particular y como he rendido ceremonias, cultos, ritos en compañía de seductoras alucinaciones, que a pesar de tener su origen en mí, por momentos se, que poseen vida propia.

Me resulta difícil remontarme en el tiempo y recordar día a día los movimientos y situaciones del ayer, así pues, me he lanzado tras la ocurrencia de relatar mis impresiones sobre cada día de la semana, de explicarme, sumergido en este relax, como han resultado ser mis lunes, mis martes, mis miércoles, mis jueves, mis viernes, mis sábados, e incluso estos gratificantes domingos durante los que yo -mi Dios- he decidido tomarme un pildorazo y descansar.

*lunes lunes lunes lunes lunes*

Los lunes siempre han sido mis peores días, por contar algo diré que también nací en lunes (de madrugada, pero al fin y al cabo un lunes) y con ello no pienso nada en concreto. Después de una corta interrupción durante el fin de semana todo vuelve a consistir en una incomprensible monotonía repleta de sacrificios que ahora (mucho tiempo después) considero inútiles: aún puedo verme levantándome pesadamente a las ocho de la mañana tras haber sido destrozado en sueños por irreconocibles enemigos que me perseguían infatigablemente durante toda la noche; cargándome a la espalda una gran cartera de cuero llena de libros estúpidos, tan estúpidos como el colegio y los profesores. Un colegio al que odiaba a todas horas... ¡Bueno! excepto en la interrupción para el "recreo". ¡Que curioso! durante aquellos cortos intervalos incluso me sentía feliz, imaginaba, constantemente imaginaba, hasta el segundo en que un silbato

o dos sonoras palmadas marcaban el final de toda ilusión. Aquellos segundos significaban romper con la fantasía para dar de narices contra una realidad, fría, aparente, enlatada, conservada, ultracongelada, de generación en generación y que a la fuerza tenía que digerir, incluso con el temor en el cuerpo, ese temor cruel que constantemente ostigaban contra la más profunda inseguridad, contra el más recóndito desconocimiento, contra la debilidad de un niño, un niño que acababa de descubrir tan solo una mínima parte de su mundo y al que entonces le surgieron atroces dudas: ¿es posible que llegue a ser como un mayor? ¿Cuando sea mayor seré como papá o como el profesor?... ¡Mierda! siempre dudaba de mi capacidad como persona, hasta el extremo de tener que preguntar insistentemente a mayores y a algunos de mis compañeros que se adaptaron rápidamente y actuaban con la seguridad y precisión de los adultos.

22

